

Introducción

Leer un texto es algo que parece muy sencillo, ¿no es cierto? Se trata de una habilidad que hemos adquirido en la infancia y que practicamos a menudo. Un anuncio por la calle, el periódico, la carta de un cliente o de un banco, la lista de la compra, el folleto de instrucciones de un medicamento, una novela... Desde que nos despertamos hasta que nos acostamos, leemos sin parar. A veces, casi sin ser conscientes de que lo hacemos. Además, nuestra civilización se apoya en la palabra escrita, pues ¿cómo podría funcionar un país moderno si sus gentes no supiesen leer y escribir? Por eso, la alfabetización plena es el primer objetivo de todos los gobiernos, algo prácticamente logrado en la mayoría de países occidentales.

Pero saber leer es más que descifrar letras, igual que saber escribir es más que trazarlas sobre el papel. Entre ser capaz de leer la noticia de un periódico y comprender las sutilezas de un poema, de redactar una carta comercial y escribir un texto de ficción, media un gran trecho. Así, nuestra sociedad está llena de personas plenamente alfabetizadas que, sin embargo, abandonan la lectura en cuanto se topan con varias frases complejas seguidas, o que confiesan su incapacidad para expresar sus pensamientos por escrito con una mínima coherencia. Cualquiera puede comprender el anuncio de un detergente que «deja la ropa más blanca que

ninguno», pero no todos los lectores están en condiciones de captar todo el significado de un tratado científico o filosófico. Es decir, hay niveles de competencia lectora. Ciertos textos requieren de sus lectores unas habilidades que suponen algo más que descifrar los símbolos escritos sobre el papel. Y esto, que parece evidente cuando hablamos de obras especializadas, se aplica también a la ficción. Leer un cuento o una novela también exige del lector unas destrezas que éste no siempre posee. Por eso, que alguien sepa leer no implica que sepa leer bien.

Una y otra vez, en el curso de mis actividades como profesora de escritura y como dinamizadora de clubs de lectura, me he encontrado con personas que sienten una gran pasión por la literatura, pero que «no saben leer», es decir, no saben extraer de lo que leen todo su significado y sistemáticamente se quedan en lo más superficial. Por si fuera poco, sin esta necesaria comprensión lectora les faltan herramientas para escribir bien. Pues —pregúntenle a cualquier escritor— saber leer bien es absolutamente imprescindible para llegar a escribir bien. Ningún escritor digno de ese nombre ha llegado a donde está sin haber leído mucho y bien. Así, continuamente me piden ayuda alumnos que son conscientes de esta carencia, pero que no saben cómo remediarla. O, peor aún, creen que llegar a diseccionar un texto es algo que queda fuera de su alcance. Todos ellos, cuando hemos analizado críticamente un cuento o una novela, se han sorprendido de la profundidad y riqueza de matices que han podido apreciar y que antes se les escapaban. Literalmente, se les ha abierto un mundo nuevo. Además, se

han dado cuenta de que no era tan difícil, de que basta con prestar atención a lo que se lee y saber qué preguntas hacerle al texto. A partir de ahí, todo es cuestión de práctica.

Así pues, *Leer mejor para escribir mejor* pretende mostrar al lector, a cualquier lector, cómo extraer todo el partido posible de sus lecturas. Y, adicionalmente, enseñar a los aspirantes a escritores cómo aprender de lo que leen. Convencerles de que deben abandonar esa actitud derrotista de «nunca llegaré a escribir tan bien como X» por la más proactiva y constructiva de «qué puedo sacar de las obras de X que me sirva para construir mi propia obra». Y darles los instrumentos para lograrlo.

La primera parte del libro, que lleva por título «Aprender a leer», se dirige a todos los lectores, sin distinción alguna. Si alguna vez han pensado que hay aspectos que se les escapan en sus lecturas, aquí encontrarán una serie de pautas que les ayudarán a convertirse en lectores competentes. La segunda parte, «Leer para escribir», está orientada más específicamente a aquellos que quieren mejorar su escritura. Pero, puesto que los ejemplos proceden del análisis de obras literarias, le serán igualmente útiles al lector común que quiere seguir profundizando en el arte de leer mejor.

Antes de continuar, una advertencia importante: esta obra se centra en obras de ficción en prosa —novela y cuento— y no contempla el análisis de otros géneros, como poesía o ensayo. Indudablemente, algunos de los consejos sirven para toda clase de textos literarios, pero cada género presenta características específicas y leer un poema, por ejemplo, demanda una serie de herramientas teóricas que no requiere la prosa.

Como todo lo que tiene algún valor, llegar a leer mejor o a escribir mejor requiere cierto esfuerzo. La buena lectura es una lectura activa, la buena escritura demanda muchas horas de dedicación. Pero la recompensa que se obtiene vale la pena, ya lo verán.

PRIMERA PARTE

Aprender a leer

De qué hablamos cuando hablamos de leer

Una biblioteca es una especie de caverna mágica llena de difuntos. Y pueden ser devueltos a la vida cuando abrimos sus páginas.

JORGE LUIS BORGES

Dado que este libro trata sobre la lectura, antes de entrar en consideraciones acerca de las distintas maneras de leer, de cómo leer mejor o de las estrategias que permiten a un escritor sacar provecho de sus lecturas, no está de más empezar por el principio y definir qué es la lectura y cuál ha sido su evolución histórica. De puro habitual, el acto de leer nos parece tan sencillo que le prestamos muy poca atención: nos interesamos por lo leído, pero no por la actividad por medio de la cual lo hacemos nuestro. En efecto, se trata de una destreza que la mayoría adquirimos siendo niños y que nos acompaña para siempre, pues, a menos que se sufra un accidente cerebral, nadie olvida cómo leer. Sin embargo, veremos que el acto de la lectura esconde una gran complejidad, y que no todos leemos del mismo modo.

Escritura y lectura, hermanas gemelas

Hay una primera afirmación indiscutible: la lectura y la escritura son inseparables. Sin un texto que descifrar, las habilidades lectoras no tienen sentido. En una cultura, como fueron muchas de las culturas antiguas, en que la transmisión del conocimiento descansa solo en lo oral, no es necesario saber leer porque no existe la escritura.

Sin embargo, la lectura no está inscrita en el texto. Es decir, una cosa es la huella escrita, fijada sobre el soporte que sea —piedra, tablillas de barro, papiro, pergamino, papel...—, y otra la lectura que de ese texto hace un eventual lector. Tal como lo describe Alberto Manguel en su obra *Una historia de la lectura*, imaginando al primer escriba de la historia:

Puesto que el propósito del acto de escribir era rescatar el texto —es decir leerlo—, la incisión [del primer signo escrito] creó simultáneamente un lector, una función que empezó a existir antes de la existencia del primer lector [...]. El escritor era un hacedor de mensajes, creador de signos, pero aquellos signos y mensajes requerían un mago que los descifrara, que reconociera el significado, que les prestara voz. La escritura exigía un lector.

Por regla general este lector no es simultáneo al acto de la escritura. Precisamente, ésa es la gran utilidad de la escritura: dejar un mensaje a alguien que no se encuentra allí. El lector casi siempre es desconocido para el autor —excepto si le escribimos una carta a alguien— e incluso puede hallarse en

un futuro lejano, pero el acto de escribir presupone siempre un receptor. Se podría objetar que hay personas que escriben sin buscar lectores: quien lleva un diario, por ejemplo; pero también aquí el escritor escribe para alguien, en este caso él mismo es el lector en potencia. Incluso cuando las posibilidades de llegar a otros son remotas, el escritor confía en que algún día ese lector aparezca, pues de otro modo su acción se pierde en el vacío. A veces ocurre –de hecho, ha ocurrido a menudo a lo largo de la Historia– que una lengua escrita deja de tener lectores. Las claves para interpretar los jeroglíficos egipcios, por ejemplo, se perdieron en algún momento del correr de los siglos y estos se convirtieron en un enigma hasta que se encontró la famosa piedra Rosetta. Entonces, esos textos inscritos en las tumbas egipcias pasaron de ser una retahíla de dibujos sin significado a convertirse –al menos, para los especialistas, sus lectores– en mensajes de otra civilización. Lo mismo sucede en nuestros días con otras lenguas, como la escritura de la época minoica llamada Lineal A, que espera aún ser descifrada. Sin lectores, todos esos testimonios de una cultura milenaria carecen de significado.

Un repaso a la historia de la lectura

En términos históricos, la escritura y la lectura son un invento relativamente reciente. Tienen unos pocos miles de años solamente, lo que mirado desde la perspectiva de la historia de la humanidad es apenas nada. Hasta donde sabemos, la escritura en un principio fue puramente funcional. Servía

para fijar informaciones útiles y preservarlas del olvido en unas culturas aún dominadas por la transmisión oral. Las muestras más antiguas que nos han llegado apuntan en esa dirección, ya que lo que tenemos son sobre todo leyes, datos contables, inscripciones que hablan de reyes, de victorias, o de ventas de cabezas de ganado. Solo al cabo de varios siglos la escritura fue adquiriendo otro sentido. En su *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Guglielmo Cavallo y Roger Chartier afirman que «la línea de demarcación entre un libro destinado solo a la conservación de los textos y un libro destinado a la lectura» parece concretarse a finales del siglo v a. C. Sabemos que Sócrates, por ejemplo, despreciaba la cultura escrita. O al menos es lo que Platón le hace decir en uno de sus diálogos, *Fedro*. Allí, el sabio griego deja claro que la comunicación oral, el diálogo, es lo que conduce al conocimiento. Si la palabra se fija por escrito, puede ser como mucho información, pero no sabiduría. El verdadero aprendizaje se realiza cuando la palabra, de la que la escritura es solo una imagen, se graba en el alma. Sin embargo, a pesar de las reticencias de estos filósofos, durante la época clásica el avance de la lectura fue constante. Ya Aristóteles había acumulado una biblioteca considerable y en la época helenística el papel del libro se consolidó con el surgimiento de grandes bibliotecas, como la de Alejandría. Aunque estas bibliotecas no eran para todo el mundo, sino solo para los eruditos. El establecimiento del Imperio romano amplió el alcance de la cultura escrita —el manejo de un imperio tan vasto hacía muy necesario este medio de comunicación— pero la lectura como pasatiempo seguía siendo en general patrimonio de

unos pocos. No obstante, prueba de que los libros circulaban entre un público muy diverso es que Marcial, el poeta del siglo I, se quejaba amargamente de que «Mi libro lo hojean los soldados en sus destinos de ultramar, e incluso en Britania la gente cita mis palabras. ¿De qué me sirve? Con ello no gano ni un centavo». (Los derechos de autor, por supuesto, eran desconocidos en esa época.) Tras la caída del Imperio romano, sin embargo, la lectura y la escritura quedaron relegadas a los monasterios, donde primaban los textos de edificación espiritual. Así, durante varios siglos, el libro estuvo asociado al misterio de lo sagrado, solo al alcance de una minoría.

El verdadero auge de la lectura y del libro se produce a partir del siglo XVI. Por supuesto, la invención de la imprenta supuso un impulso notable, ayudado además por otras circunstancias como el progresivo aumento de la alfabetización, los movimientos religiosos —no hay que olvidar el decisivo papel que en la Reforma tuvo la lectura individual de la Biblia— y la industrialización. Pero el número de lectores seguía siendo pequeño, en términos absolutos. Podemos situar hacia finales del XVIII el verdadero inicio de la democratización de la lectura, el primer paso hacia una concepción de la lectura que se acerca mucho a la actual. En esa época, Alemania, en particular, pero también el resto de los países del norte de Europa —los mediterráneos, bajo la férula de la censura y con tasas de analfabetismo aún enormes, tardarían en seguir su ejemplo—, se vio sacudida por una «furia» o «manía» lectora (*Lesewut*, en alemán). De repente, todos leían: los tenderos y los aprendices, las criadas y sus señoras, los obreros y los patronos. Por primera

vez una gran mayoría de los que sabían leer abandonaron la lectura repetitiva de un pequeño canon de obras «normativas» (principalmente obras religiosas o instructivas) para entregarse a la lectura «empática», esa pasión individual que se concibe como un placer, que apela al intelecto y también a los sentidos y que hace que los lectores se sientan parte de una comunidad. Como respuesta a la demanda de este nuevo y masivo público lector, empezaron a aparecer novelas que supieron conectar con sus gustos, y que se convirtieron en los primeros «bestsellers globales», como la *Pamela* de Richardson, la *Nueva Eloísa* de Rousseau o *Las penas del joven Werther*, de Goethe, que desencadenó un verdadero escándalo mediático (suicidios incluidos).

Se inició así una tendencia que, desde entonces, no ha hecho más que crecer, de la mano de los avances en la educación. En cuanto a lectura, el siglo XIX fue el de las novelas por entregas, el popular *folletín* que, gracias al auge de la prensa escrita, llegaría a los rincones más remotos. Dickens, Dumas, Balzac, Tolstói... todos los grandes nombres de la literatura decimonónica publicaron en primera instancia sus novelas por entregas, antes de que salieran editadas en forma de libro. (Que las novelas de Dickens se publicaban por entregas es harto conocido, pero pocos son conscientes de que *Anna Karénina* se empezó a publicar como folletín en la revista *El mensajero ruso*.)

Esta universalización de la lectura puede considerarse una verdadera revolución –nunca tanta gente había tenido acceso a la lectura y la había tomado como hábito–, que durante los siglos XIX y XX tendría un impacto indudable

en las costumbres sociales, en el pensamiento e incluso en la política. En la actualidad estamos viviendo una nueva revolución, en este caso impulsada por la tecnología. Si hasta finales del siglo xx la palabra «libro» era sinónimo de un objeto impreso sobre papel, esta identificación entre el texto y su continente ha dejado de ser automática. Ahora podemos leer un libro en un lector electrónico, en el ordenador, o incluso en nuestro teléfono móvil. Y al romperse el vínculo físico que existía entre el texto escrito y su soporte, se modifica necesariamente el modo en que el lector lo recibe y lo interpreta. Tal como lo expresa Karin Littau:

Aparte del cuerpo humano, el libro es el medio más longevo para almacenar, recuperar y transmitir conocimiento [...]. La comunicación literaria es una confluencia de lo fisiológico, lo material y lo tecnológico. Las investigaciones sobre la lectura (Roger Chartier, Robert Darnton) indican que la manera en que las personas leen, e incluso la propia experiencia de la lectura, dependen de las tecnologías por medio de las cuales reciben la palabra escrita.

Es decir, bajo qué apariencia recibimos un texto —ya sea sobre un pergamino, impreso en papel barato, en encuadernación de lujo o sobre una pantalla— condiciona inevitablemente cómo lo recibimos y cómo lo interpretamos. Los estudios llevados a cabo hasta el momento parecen indicar que la lectura en pantalla es más superficial y que, mientras que si lo que se busca es el mero entretenimiento no hay diferencias sustanciales entre leer un libro en papel o uno

digital, la comprensión profunda del texto y el aprendizaje se realizan mejor a partir del libro tradicional. Sin embargo, aún es pronto para saber qué efectos tendrá esta evolución tecnológica sobre la lectura, así como para especular sobre si el libro electrónico sustituirá o no el de papel.

En cualquier caso, es preciso asumir que estamos viviendo una era de transición y no es posible adivinar a dónde conducirán estos cambios. No tiene pues mucho sentido, en estos momentos, demonizar la lectura digital o llorar la muerte de libro tradicional. Cuando, hace quinientos años, apareció la imprenta de tipos móviles, muchos se lamentaron de la pérdida del códice manuscrito. Entre ellos, un fraile dominico de finales del siglo xv, Filippo di Strata, que desarrolló contra este invento toda una argumentación que terminaba con esta rotunda afirmación (que hoy suena igualmente familiar): «El mundo ha funcionado perfectamente bien durante seis mil años sin imprenta, y no hay necesidad de que cambie ahora».

El poder de la lectura

El poder indeterminado de los libros es incalculable. Es indeterminado precisamente porque el mismo libro, la misma página, pueden tener efectos totalmente dispares sobre sus lectores.

GEORGE STEINER

Saber leer abre la puerta de todo un mundo de conocimientos, datos, historias. Cuanto más se facilita el acceso a los

libros, más se incrementa el poder del individuo, que es entonces libre de decidir por sí mismo qué quiere aprender y qué temas le interesan. Ante todo, tiene el poder de reflexionar luego acerca de sus lecturas. Algo que ha permitido cambiar el mundo. Como hemos dicho antes, la imprenta, la alfabetización, la prensa —es decir, la lectura— han sido los motores de todos los cambios sociales y políticos de los últimos siglos.

Por eso, los poderes establecidos han desconfiado siempre de los libros. Durante mucho tiempo, la Iglesia católica no aprobó la lectura individual de la Biblia, imaginando que los fieles podían interpretarla de manera distinta a la que ella dictaba. Tampoco se recomendaba que se enseñase a leer a las mujeres —aún hoy, en los países subdesarrollados, la tasa de analfabetismo es mucho mayor entre las mujeres que entre los hombres— y, en caso de que supieran, se consideraba que los únicos libros adecuados para ellas eran los de edificación religiosa. En España, por ejemplo, ésta es la postura que durante varios cientos de años mantuvieron manuales educativos de gran éxito, como *La perfecta casada* de Fray Luis de León o —ya en el siglo XVIII— *La familia regulada* de fray Antonio de Arbiol, que recomienda taxativamente: «Soy de firme dictamen, que no conviene para la buena crianza de las hijas, el enseñarlas a escribir». (Una postura que en nuestros días han retomado con virulencia organizaciones integristas como Boko Haram.) Después de la Revolución francesa, no faltaron voces conservadoras que atribuyeron esa catástrofe al hábito de la lectura: cuanto más ignorante fuese el pueblo llano, más dócil sería y mejor

serviría a sus señores. Un pensamiento muy extendido en la época, solo hay que recordar que en *Lady Ludlow*, una por lo demás amable novela de Elizabeth Gaskell (1810-1865), la terrateniente que la protagoniza despidió a su fiel capataz por el hecho de haber enseñado a leer a uno de los jóvenes campesinos a su servicio. Y, mientras esto sucedía en la muy ilustrada Gran Bretaña, al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, estaba prohibido enseñar a leer a los esclavos. En alguno de los estados, como Carolina del Sur, simplemente el hojear un libro podía acarrearle a un esclavo la pérdida de la primera falange de su dedo índice. Leer, está claro, tiene consecuencias.

Ya que no siempre es posible impedir que la gente lea, los poderes absolutos tradicionalmente han echado mano de otro recurso para poner coto al poder de la lectura: prohibir o quemar los libros. La Inquisición, el Índice de Libros Prohibidos, la quema de libros por los nazis y tantos otros negros episodios con los que se ha pretendido condenar al olvido ciertos libros demuestran hasta qué punto la lectura ha sido vista como un peligro.

Resulta innegable que, ya sea sobre papel o en pantalla, vía internet o al modo tradicional en una biblioteca pública, en estos inicios del siglo XXI se lee quizás más que en ninguna otra época de la historia. Cosa muy distinta es cómo se lee, y si esa lectura se aprovecha adecuadamente. De eso nos ocuparemos en los capítulos siguientes.